

Leonid Andréyev

Las tinieblas

TRADUCCIÓN DE NICOLÁS TASIN



Un revolucionario, perseguido por la policía, se esconde en una casa de prostitución. Ha cumplido ya 26 años, pero no sabe qué es tener a una mujer entre los brazos. Escoge a la muchacha que cree más pura, y, entre las paredes de su habitación, inician un sorprendente diálogo. La muchacha, en un formidable anhelo de purificación, se siente atraída por el idealista ingenuo —en el que intuye la bondad de la que ella carece—, y, mientras el progresivo amor que siente por él le abre caminos de insospechada elevación, el revolucionario, por el contrario, ve alejarse los ideales que le habían guiado hasta entonces, hundiéndose en lo opaco. Andréiev, en este relato palpitante, dibuja con mano maestra la ceguera del ser humano y su formidable egoísmo.

I

Hasta entonces tuvo suerte en todo cuanto hizo, pero aquellos últimos días le habían sido, más que desfavorables, hostiles. Como hombre cuya vida entera parecía un juego de azar muy peligroso, conocía bien estos bruscos cambios de fortuna y sabía aceptarlos con calma: la apuesta en este juego era la vida, su propia vida y la de los demás, y gracias a eso había aprendido a estar siempre alerta, a darse cuenta rápidamente de la situación y a calcular con sangre fría.

Esta vez tenía también que obrar con astucia. Un azar cualquiera, una de esas pequeñas casualidades que no se pueden prever siempre, había puesto a la policía sobre su pista. Hacía dos días que él, terrorista y lanzador de bombas conocido, se veía perseguido incesantemente por espías que le encerraban en un cerco estrecho y apretado. No podía hallar asilo en los círculos donde se conspiraba, porque serían descubiertos por los espías. No podía andar más que por determinadas calles y avenidas; pero las cuarenta y ocho horas que llevaba sin dormir, constantemente en guardia, le habían fatigado de tal modo que temía otro peligro: podía quedarse dormido en cualquier parte, sobre un banco, en una calle, hasta en un coche, y ser conducido a un puesto de policía de la manera más estúpida, como un simple borracho. Era martes. A los dos días, el jueves, tenía que realizar un acto terrorista muy importante. Todo el comité venía haciendo desde largo tiempo preparativos para el asesinato, y precisamente a él se le había conferido el «honor» de arrojar aquella última bomba. Así pues, era preciso, costara lo que costara, no dejarse detener hasta aquel día.

En estas circunstancias, una noche de octubre, en el cruce de dos calles, tomó la decisión de entrar en una casa de lenocinio. Hacía mucho tiempo que habría recurrido a este medio —que, por otra parte, no era tampoco muy seguro—, pero le había faltado valor. A los veintiséis años era virgen aún, no conocía a las mujeres como tales y jamás había penetrado en un lupanar. En otros tiempos, tuvo que sostener una larga y penosa lucha contra su carne, que se rebelaba; pero se había ido acostumbrando poco a poco a dominar sus deseos sexuales, y aprendió a mirar a las mujeres con calma e indiferencia.

Ahora, puesto en la necesidad de tener estrecho contacto con una de esas mujeres que venden amor como una mercancía —lo que quizá le obligaría a verla desnuda—, presentía toda una serie de pequeños inconvenientes muy desagradables. En rigor, estaba dispuesto, si era absolutamente necesario, a aceptar el amor carnal de una prostituta que iba a encontrar en la casa de lenocinio: actualmente, cuando no sentía ya ningún deseo de poseer a una mujer, y sobre todo la víspera de un acto tan grave y decisivo, su virginidad no tenía ya importancia ni él se la concedía. Pero aun así era desagradable, como un pequeño detalle tan repugnante como ineludible. Una vez, durante un acto terrorista al que asistió como lanzador de bombas de reserva, vio un caballo muerto por la explosión, con la grupa desgarrada y los intestinos al aire; y este pequeño detalle terrible y repulsivo, y al mismo tiempo inútil e inevitable, le causó una impresión aún más penosa que la muerte de su camarada, al que la bomba mató allí mismo. Y en tanto pensaba serenamente, sin miedo alguno, hasta con alegría, en lo que de allí a dos días iba a suceder, y en que, muy probablemente, habría de morir, la noche que tenía que pasar con una prostituta, con una mujer que hace del amor una profesión, le parecía absurda, estúpida, algo impropio y desprovisto de lógica...

Pero no había más remedio. Estaba ya tan extenuado que no se podía tener en pie.

II

Llegaba demasiado temprano: las diez de la noche, pero la gran sala blanca con sillas doradas y espejos a lo largo de las paredes estaba ya dispuesta para recibir a los visitantes. Todas las luces estaban encendidas. La casa era de las de primera clase. Ante el piano, cuya tapa fue levantada, se sentaba un músico joven muy correcto, vestido con una levita negra. Estaba fumando, poniendo gran atención en que la ceniza del cigarro no le cayera en la ropa, y hojeaba los cuadernos de música. En un rincón, cerca de un salón casi a oscuras, estaban sentadas, unas junto a otras, tres muchachas que hablaban en voz baja... Cuando entró, acompañado por la dueña de la casa, se levantaron dos de las muchachas; la tercera siguió sentada. Las dos primeras, que llevaban vestidos muy escotados, le miraron a los ojos con expresión provocativa y, al mismo tiempo, indiferente y cansada; la tercera, que llevaba un vestido negro muy ajustado al cuerpo, volvió la cabeza y mostró un perfil sencillo y sereno que la hacía parecer una joven honrada sumida en sus reflexiones. Ella era probablemente la que estaba contando algo a las otras dos cuando él entró en la sala, y ahora seguía pensando en lo que acababa de relatarles. Y eligió precisamente a ésta porque reflexionaba en silencio, porque no le miraba y porque era la única que parecía una mujer honrada. No había estado nunca en casas de lenocinio y no sabía que en todas ellas, cuando están bien dirigidas, hay una o dos mujeres de ese género: van siempre vestidas de negro, como monjas o viudas jóvenes, sus rostros están pálidos y sin colorete, mantienen la expresión severa y procuran dar a los hombres la impresión de honradez. Pero cuando se van con los clientes a la alcoba y comienzan a beber, son como todas las demás mujeres de su

especie, y a veces peores: frecuentemente promueven escándalos, rompen la vajilla, danzan en cueros, y a veces se muestran así, completamente desnudas, en el salón. Otras veces llegan a pegar a los huéspedes demasiado impertinentes. Éstas son las mujeres de las que se enamoran los estudiantes borrachos que empiezan a predicarles una nueva vida de honradez.

Pero él no lo sabía. Cuando ella se levantó con aire disgustado y severo, cuando le miró con sus ojos pintados de negro, mostrándole un rostro pálido y mate, se dijo: «¡Si todo su aspecto es honrado!». Este pensamiento le consoló. Pero obligado por la duplicidad de su vida a ocultar sus verdaderos sentimientos como si fuera un actor en el escenario de un teatro, saludó como un experimentado hombre de mundo, castañeteó los dedos y dijo a la muchacha, con el tono de quien está habituado de antiguo a las mancebías:

—¡Vamos a ver, chatita mía! Llévame a tu cuarto. ¿Dónde está tu nido?

Ella manifestó su extrañeza, frunciendo las cejas.

—¿Ya?

Él enrojeció y, enseñando sus hermosos y fuertes dientes, respondió:

—¡Pues naturalmente! ¿Para qué perder un tiempo precioso?

—Va a haber música. Vamos a bailar.

—Sí, pero... ¿qué es eso de los bailes, niña? Una diversión estúpida; la caza de la propia cola... En cuanto a la música, la oiremos desde tu cuarto.

Ella le miró y sonrió.

—¡Ya, ya! No será mucho lo que oigamos desde allí.

Le empezaba a gustar. Tenía una ancha cara rasurada de pómulos salientes; sus mejillas y su labio superior tenían un color ligeramente azulado, como en todos los morenos recién afeitados.

Sus ojos negros eran bellos, si bien había algo de inmóvil en su mirada, y se revolvían pesada y lentamente en sus órbitas como si tuvieran que recorrer cada vez una distancia muy larga. A pesar de estar perfectamente afeitado y ser desenvueltos sus ademanes, no parecía un actor, sino más bien un extranjero rusificado; quizá un inglés.

—¿No eres alemán? —preguntó la muchacha.

—Un poco. Acaso inglés. ¿Te gustan los ingleses?

—¡Pero si hablas ruso perfectamente! No se diría que eres extranjero.

Entonces recordó que tenía un pasaporte inglés, y que en aquellos últimos días había estado procurando hablar ruso con acento extranjero, pero esta vez se distrajo y lo hablaba correctamente. Esto le hizo enrojecer. Sombrío, descontento de sí mismo, cansado ya de aquella nueva comedia, cogió a la joven por el brazo.

—Soy ruso, ruso. Y bien, ¿dónde está tu cuarto? ¿Es por aquí?

En aquel gran espejo que llegaba hasta el suelo se reflejaban claramente las dos imágenes a cierta distancia: ella vestida de negro, muy pálida y muy linda; él, alto, de hombros anchos, igualmente vestido de negro y no menos pálido. A la luz de la araña eléctrica resaltaba especialmente la palidez de su frente abombada y de sus pómulos salientes. En el lugar de los ojos, tanto de él como de ella, no se veía en el espejo sino dos agujeros misteriosos, pero bellos. Y ambos parecían tan poco banales entre aquellas paredes blancas, dentro del amplio marco dorado del espejo, que él se detuvo un instante, sorprendido, y pensó que semejaban dos novios. Estaba tan abrumado por la vigilia, que sus pensamientos eran desordenados, a veces estúpidos. Pasado un minuto, al mirar en el espejo aquella pareja negra, severa, se diría que más bien parecían personas que acompañan un ataúd. Las dos comparaciones le resultaron desagradables.

Parecía como si la muchacha experimentara el mismo sentimiento: también miró con extrañeza, en el espejo, su propia figura y la de su compañero. Cerró a medias los ojos; pero el espejo no recogió este movimiento y continuó reflejando impassible sus contornos negros e inmóviles. Esto recordó probablemente alguna cosa a la muchacha; sonrió y apretó ligeramente el brazo de su compañero.

—¡Vaya una pareja! —dijo pensativa, haciendo más visibles sus grandes párpados negros.

Pero él no respondió, y con paso decidido echó a andar llevando consigo a la muchacha, cuyos altos tacones franceses picaban contra el suelo. Como en todas esas casas, había un pasillo, a lo largo del cual se veían pequeños cuartos oscuros con las puertas abiertas. Sobre una de estas puertas vio una inscripción: «Liuba^[1]», el nombre de la mujer. Entraron.

—Oye, Liuba —dijo él mirando a su alrededor y frotándose las manos, según su costumbre, como si se las lavara con agua fría—. Necesitaremos vino y... ¿qué más hay? ¿Fruta quizá?

—La fruta es cara aquí.

—Eso no importa. Y el vino, ¿no toma?

Esta vez, por olvido, no la tuteó. Se dio cuenta de ello en seguida, pero no quiso corregir el error; en la forma con que ella le había apretado últimamente el brazo con su codo había algo que le impedía tutearla, decirle sandeces y representar la comedia. También ella sintió algo semejante. Después de mirarle fijamente, dijo con un tono indeciso:

—Sí, tomo vino. Espere usted, voy a pedirlo. En cuanto a la fruta, diré que traigan dos manzanas y dos peras. ¿Tendrá usted bastante?

Le trataba también de usted, pero en la manera de pronunciar aquel «usted» había algo de confuso, una ligera vacilación. Él no puso atención en este detalle, y una vez solo comenzó a examinar rápidamente la habitación. Primero se cercioró de que la puerta ajustaba bien, y quedó satisfe-

cho: la puerta se cerraba con llave. Luego se acercó a la ventana, la abrió y miró hacia fuera: estaba demasiado alta, en un tercer piso, y daba al patio. Hizo una mueca de descontento. Después accionó los dos interruptores: cuando una luz que estaba en el techo se apagaba, la otra, colocada cerca de la cama, se encendía como en los hoteles *comme il faut*.

¡Pero en cuanto al lecho...!

Alzó los hombros y pareció a punto de echarse a reír, pero no pasó de una contracción de músculos faciales familiar a las personas habituadas a esconder algo cuando se quedan solas.

¡Ah, aquel lecho...!

Lo examinó por todos los lados, palpó la espesa manta y, de pronto, acometido de un repentino deseo de hacer locuras, comenzó a hacer gestos de sorpresa con los ojos y los labios. Pero un instante después volvió a ponerse serio, se sentó y, fatigado, esperó el regreso de Liuba. En aquella estancia en una casa de lenocinio intentó pensar en lo que le esperaba dos días más tarde..., pero los pensamientos no le obedecían. Se encrespaban y se peleaban. Era el sueño contenido cuarenta y ocho horas que se empezaba a rebelar: allá, en la calle, el sueño se mantuvo más tranquilo; ahora se enfurecía, le atormentaba brazos y piernas, le martirizaba todo el cuerpo. El joven comenzó a bostezar hasta que le saltaron las lágrimas. Para espantar el sueño cogió su *browning* y tres paquetes de balas y sopló en el cañón del revólver... Todo se hallaba en buen estado. Y bostezó de nuevo.

Cuando trajeron el vino y la fruta, y cuando finalmente llegó Liuba, él cerró la puerta y dijo:

—Bien, Liuba, beba usted, se lo ruego.

—¿Y usted? —preguntó ella, extrañada y mirándole de reojo.

—Beberé después. Mire usted, he estado de juerga dos noches seguidas y no he dormido ni un minuto. Así es que

ahora...

Bostezó terriblemente.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Entonces... quisiera dormir un poco. Nada más que una horita... Pasará en seguida. Beba usted, se lo ruego, no se preocupe... Y cómase esa fruta. ¿Por qué toma usted tan poco?

—Si usted lo permite podría volver al salón —dijo ella—. Van a tocar el piano ahora...

Esto no le convenía nada. Allí, en el salón, se hablaría de aquel visitante extraño que no había ido allí más que a dormir... Se sospecharía... No, eso era peligroso. Y conteniendo a duras penas sus bostezos, dijo en un tono serio:

—No, Liuba; le suplico que se quede conmigo. Mire usted, no me gusta quedarme solo en la alcoba... Es un capricho, pero... Se lo ruego a usted...

—Sí, sí... Desde el momento en que usted ha pagado...

—No es eso —él enrojeció nuevamente—. No se trata del dinero que he pagado... Si usted quiere puede muy bien acostarse también. Le dejaré sitio. Pero si no le importa, acuéstese del lado de la pared. ¿Tiene usted algo que oponer?

—No, pero... no tengo ningunas ganas de dormir. Me quedaré sentada.

—Puede usted leer algo.

—Aquí no hay libros.

—¿Quiere usted el periódico de hoy? Yo lo tengo... Aquí está. Trae algunas cosas interesantes.

—Gracias, no lo quiero.

—Como usted guste. En cuanto a mí, con su permiso...

Cerró la puerta con dos vueltas y se metió la llave en el bolsillo. No se fijó en la mirada llena de extrañeza con que la joven seguía todos sus movimientos. Aquella conversación cortés tan fuera de lugar en aquel sitio miserable, donde hasta la atmósfera estaba impregnada de vapores de alcohol y de blasfemias, le parecía muy simple, natural y

convinciente. Siempre con la misma cortesía, como si se encontrara con una señorita en una canoa, preguntó:

—¿Permite usted que me quite la levita?

La muchacha frunció ligeramente las cejas.

—Quítesela usted. Puesto que ha...

Pero no terminó lo que iba a decir.

—¿Y el chaleco? Me aprieta un poco...

Ella no respondió y, sin que él la viera, se encogió de hombros.

—Aquí está mi cartera. Hay dinero en ella. Tenga la bondad de guardarla.

—Hubiera sido mejor dejarla en recepción. Todo el mundo lo hace.

—¡ Oh, no vale la pena! —protestó. Y, encontrándose con la mirada de asombro de Liuba, añadió confuso—: La comprendo a usted, pero dejemos eso.

—¿Sabe usted, al menos, cuánto dinero contiene? Algunos señores no lo saben, y después vienen los líos...

—Lo sé, pero verdaderamente no vale la pena...

Se acostó, dejando un sitio libre del lado de la pared. Sonriéndole, el sueño encantado le acarició en la mejilla con su pata de terciopelo, le besó dulcemente, le cosquilleó en las rodillas y posó la cabeza sobre su pecho. Sonrió de felicidad.

—¿De qué se ríe usted? —preguntó la muchacha, sonriendo también, contrariada.

—De nada. Estoy contento. Son muy suaves sus almohadas. Ahora podemos hablar un poco. ¿Por qué no bebe usted?

—Yo también quisiera desnudarme algo. ¿Me lo permite usted? Tendré que estar muchísimo tiempo sentada.

Había en su voz notas burlonas.

—Se lo ruego a usted —se apresuró a responder él.

Miró ella sus ojos llenos de confianza y añadió más seriamente.

—Mire usted, el corsé me aprieta demasiado. Casi me martiriza.

—Sí, ya comprendo. No tiene usted más que quitárselo.

Volvió la cabeza y enrojeció de nuevo. La larga vigilia había embrollado demasiado sus ideas; por otra parte, a pesar de sus veintiséis años, era de tal modo ingenuo, que le parecía muy natural este diálogo tan zafio en una casa donde todo está permitido y donde no hay costumbre de ofenderse.

—¿Es usted escritor? —preguntó ella, desnudándose.

—¿Yo? No. ¿Por qué me lo pregunta usted? ¿Es que le gustan los escritores?

—No, no los quiero.

—¿Y por qué? No son malas personas —dijo él, bostezando largamente.

—¿Cómo se llama usted?

Reflexionó un momento y dijo:

—Llámeme usted Iván... No, Piotr.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted? —continuó ella.

Le interrogaba dulcemente pero con insistencia, como si lo arrojara con sus preguntas. Pero, dominado por el sueño, no la oyó. En su cerebro, que se apagaba, se iluminó por un solo instante el cuadro de todo lo que había vivido durante aquellos días y aquellas noches de persecuciones policíacas, los hombres y las cosas, el tiempo y el espacio, la luz y las tinieblas. Y, de repente, todo quedó envuelto en una niebla espesa, cayó en un abismo y perdió sus colores. Como un relámpago, se dibujó en su imaginación la vasta sala de un museo sumida en una tranquilidad absoluta y débilmente alumbrada, donde pasó el día anterior dos horas ocultándose de los espías. Y soñó que estaba sentado en un canapé de terciopelo muy confortable y miraba un gran cuadro negro. Era muy dulce mirar aquel cuadro antiguo, sobre el que reposaban los ojos: evocaba pensamientos tan agradables que el hombre, casi completamente dormido, tuvo una sonrisa de felicidad.

En este momento se oyó la música que tocaban en la sala. Millares de sonidos breves y dulces llenaron el aire. «Ahora ya me puedo dormir», se dijo. Y un instante después estaba completamente dominado por el sueño, que le abrazó con fuerza y lo arrebató a regiones desconocidas.

Transcurrieron dos horas. Dormía sin cambiar de postura, y mantenía la mano derecha en el bolsillo donde guardaba la llave y el revólver. La muchacha, desnudos los brazos y el cuello, estaba sentada frente a él. Fumaba lentamente, bebía coñac y lo miraba. A veces, para ver mejor, alargaba el cuello, y entonces se dibujaban dos pequeños pliegues en las comisuras de sus finos labios. Él se había olvidado de apagar la lámpara eléctrica suspendida del techo, y bajo su luz tenía un aspecto algo fantástico: ni joven ni viejo, ni guapo ni feo, desconocido, lleno de misterio. Sus mejillas y su nariz conferían a su rostro un aspecto parecido al de un pájaro. Su respiración era profunda y regular... Todo en él era misterioso y desconocido para Liuba. Sus cabellos negros estaban cortados casi al rape, como los de los soldados. Bajo la sien izquierda, muy cerca del ojo, se veía una pequeña cicatriz. No llevaba cruz al cuello.

En la sala, la música tan pronto se extinguía como llenaba de nuevo toda la casa de sonidos caprichosos. A veces se oían gentes que cantaban y danzaban. Liuba permanecía siempre inmóvil, fumaba cigarrillos y examinaba al hombre. Con mucha atención, alargando el cuello, miró su mano izquierda posada sobre el pecho: era ancha, de dedos fuertes. Le pareció a Liuba que esa mano pesaba demasiado sobre el pecho, y dulcemente, para no despertarle, la levantó de donde estaba y se la puso a lo largo del cuerpo. Luego se levantó bruscamente, apagó la lámpara eléctrica del techo y encendió la de abajo, cubierta por una pequeña pantalla roja.

Él no se movió. Los tonos rosa de la lámpara iluminaron su faz inmóvil y tan misteriosa para Liuba. Ésta volvió la cabeza, se abrazó las rodillas con los brazos rosados y alzó los

ojos al techo. Permaneció así mucho tiempo, con el cigarrillo apagado en la boca.